



GALERIA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES



Cualquiera así al mirarle tan peludo, se espera cuando menos un bramido, tan feroz en su aspecto y tan ceñudo. Pero no hay tal; lo digo convencido. No obstante ser peludo, es muy querido.

AÑO II
Nº 63
 Mayo 12 de 1895
PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equiva.
 lente, con el aumento del franco.
 Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«Le beau Monsieur» por El de las Gafas.—«Para Ellas», (Rayo de luz), por Alina Doré.—«Estornudos y sabañones», por Fray Candelá.—«La ley del más fuerte», (Cuentos ajenos), por José de Boura.—«Entre dos fuerzas», (Novela), por Arturo A. Giménez.—«Menudencias».—Correspondencia particular.—Avisos.

GRABADOS.—«Galería cómica», Fotografías sin retoques, por Wim-plaine.—«Para Ellas, Retrato de niña y de señorita», por Aurelio A. Giménez.—«Meñete, Gargantúa y Juan», por Wim-plaine.—Y varios intercalados en el texto y avisos, por Aurelio A. Giménez.

ZIGZAG



¡Lo que yo decía!

Es decir, yo no lo decía, pero debiera haberlo dicho: En el agua está la salvación. No lo duden ustedes.

Pero bueno es empezar por aclarar esta afirmación que, así, simplemente enunciada, podría dar lugar a tan múltiples cuanto erradas interpretaciones.

No me refiero a la salvación que puedan encontrar en el agua los que se arrojan a ella con la firme resolución de cancelar definitivamente sus cuentas con esta vida, lo que casi siempre es un recurso para quedarse sin cancelar otras cuentas más apremiantes.

Aparte de que el suicidio ya va pasando de moda. Ahora ¡qué demonios! abundan las gentes de estómago delicado que no pueden pasar una tortilla de *mistos*, ni aun en forma de emulsión. Por lo que hace al uso del revólver, hay que confesar que tiene gravísimos inconvenientes.

En primer lugar, lo ruidoso que es el suicidio practicado por este medio.

—Todo el vecindario se alborota por cualquier cosa, me decía una vez un sujeto. Vea usted; no hay bicho viviente que no quiera meter las narices en casa.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Nada; que mi cuñado se ha pegado un tiro.

Lo cual, como ustedes comprenderán, es incómodo. Así no puede uno ni matarse en paz.

—Además, decíame un vecino, comerciante quebrado y bigamo reincidente; es cosa de pensarla mucho, esa de matarse.

—Hombre; pues más vale no pensarlo nunca.

—Nó; digo, en el caso de haberse resuelto a ello. Mire usted; yo tenía un tío, que dió en la idea de suicidarse. El tal tenía dentro del magín el secreto de una combinación para acertar a la lotería por medio de billetes especiales; nadie quiso darle un *vinén* por el secreto, y desengañado pensó en acabar con su existencia. Pues señor, no encontró medio de suicidarse!

—Pues hombre; hay tantos... Ahorcarse.

—Ya; pero él sabía que a los ahorcados lo primero que les ocurre es que echan la lengua afuera, y usted sabe; cuando se quiere guardar un secreto importante, no hay cosa peor que darle salida a la lengua.

—Vaya; envenenarse; entonces.

—Imposible. Lo primero que hacen con los suicidas intoxicados es hacerles echar fuera todo cuanto tienen adentro. Y esto era buscar que le hicieran echar fuera el secreto que quería llevarse a la tumba.

—Pues... un tiro.

—¡Qué, hombre! ¿No le digo a usted que tenía un gran secreto en la cabeza? Pues en cuanto se la agujerease de un balazo, poco que iba a aprovechar la oportunidad del secreto para marcharse por el agujero!

—¿Y qué hizo, por fin?

—Se echó bajo las ruedas del trenvía.

—Y se mató, por fin.

—Nó; mató de susto a un pasajero.

Así suele ocurrir; se presentan muchos casos en que no es posible hallar la manera de matarse decentemente. De ahí que el suicidio haya venido a menos.

Por otra parte, la gente ha llegado a convencerse de que mientras estuvieran Abella y Onetto al frente de las fuerzas policiales, armadas de machetes y sables que tienen buena punta y filo, como aquél lo hacía recordar a sus subalternos no ha mucho, mientras estuvieran Abella y Onetto, decía, no tiene para qué cuidarse de la muerte, bastando en casos de mucho apuro, con acercarse a alguna manifestación pacífica para recibirla pronta y segura.

Pero... ¿pero de dónde vinimos a parar a esto? ¡Ah! De la aclaración sobre las excelencias del agua.

Bueno; pues como decía (y ustedes perdonen la digresión) a estar a los últimos acontecimientos, el agua va a ser dentro de poco la llamada a sacarnos de apuros.

Es de advertir que ya antes de ahora habían dado muchas gentes en atribuirle gran importancia. Ahí está, por ejemplo, el padre Kneipp que asegura que por medio del agua casi casi podemos considerarnos medio inmortales. De donde puede deducirse que a ser sapos ó ranas fuéramos los seres más dichosos del universo.

Y a fe que en tal caso, por lo que a nuestra organización política se refiere, no tendríamos por qué quejarnos. Solo con recordar aquello de que los gatos huyen del agua como el diablo de la cruz, comprenderán ustedes que nuestras elecciones serían modelos de legalidad.

Todas estas reflexiones me las han sugerido la noticia del hallazgo, ó próximo hallazgo del célebre *Preciado*, el buque español aquel que fué tragado por el mar con los nueve millones de duros que conducía.

¡Nueve millones, eh?! Y ahora nos admiramos de que Abella se haya tragado 700 miserables pesos!

De este asunto ya se habló mucho hace tiempo, y hasta se hicieron trabajos; pero tratándose de millones que han estado dentro del agua tantos años, la noticia no puede dejar de ser *fresca* en todo momento.

Porque del naufragio de *El Preciado* acá, ha pasado un siglo más ó menos, a pesar de lo cual se pretende que los millones deben estar tan intactos y completitos como el primer día.

A resultar esto cierto, tendríamos que convenir en que hemos cometido una verdadera tontería no arrojando el tesoro público al agua; que bastante falta hace eso de que estuviera completito é intacto. Por lo que a Vidiella toca, claro es que en tal caso hubiera tenido que renunciar el Ministerio, para que, siendo como es, fabricante de vinos, no se le pudiera tachar de sostener relaciones con el agua.

En tales condiciones, figúrense ustedes, nos hubiéramos librado nada menos que de los Bonos; porque, es natural; entonces no hubiera podido Vidiella negar que eran *papeles mojados*.

Pero ya que esto no ha sucedido, contentémonos con los nueve millones del *Preciado*. Es decir, con oír hablar de ellos, porque probablemente a nosotros no nos tocará nada.

Se ha encargado de los trabajos una compañía que tiene privilegio por diez años, a lo que dicen los diarios, para la explotación de los tesoros submarinos.

Lo cual no ha parecido muy bien a don Buridán Porotas, un conocido mío, peluquero de oficio y bárbaro de nacimiento, que me decía:

—Vea usted; dice *El Día* que va a extraer los millones del *Preciado* una compañía que tiene privilegio para la explotación de...

—Y bien qué?

—Que solo en este país se ven cosas semejantes.

—Pero hombre, no veo...

—¿Le parece a usted moral que el Gobierno acuerde privilegio a una sociedad de *esplotadores*?

La verdad es que solo con privilegio se puede uno dedicar a esas cosas, por que hay más jente de lo que parece, aficionada a la extracción de tesoros submarinos.

—Yo tengo un chico, me decía un señor, que es loco por esas cosas. Hace poco estuvo empeñado en sacar de debajo del agua algo del cargamento de una goleta que naufragó el año 64 y que conducía fósforos y tabaco peluquilla. Así se pasó mucho tiempo, zambulle que zambulle.

—¿Y sacó algo?

—Le sacamos nosotros un día con media bahía en el estómago.

Ya se vé, para algo sirven las compañías de explotación submarina. Gracias a ella, tendremos los millones sin peligros.

Sin embargo; la cosa no está tan segura porque aun no se sabe precisamente el lugar del naufragio.

El secreto pertenecía al señor Juan Lenguas, cuya familia perdió los documentos en que se especificaban los detalles del suceso, y de ahí que no pueda hoy dicha familia decir nada al respecto.

—Lo cual es una barbaridad, como me decía un vecino.

—¿Qué?

—Eso de que una familia que se apellida *Lenguas*, no pueda decir una palabra.

Después del asunto de los nueve millones, lo que más ha preocupado la atención pública esta semana, han sido los rumores sobre renuncia de don Eugenio César Abella y Jefe Político.

Y es esta la quincuagésima vez que se trata de la renuncia de don César. Pero no renuncia.

Y a fé que tanta demora ha llegada ya a cansar. Lectores, ¿cuándo don César se decidirá a cesar?

ARTURO A. GIMÉNEZ.



Le beau Monsieur

(Parodia de la popular canción exéntrica de Eduardo Moccia «Il bello Nicolá», con música de la misma) (1)

1.ª

Je suis un personnage de mucho relumbrón a quien un ministerio l'y a donné la Nation. Y soy tan conocido, que en toda la cité me llaman «le ministre» con mucha gravité.

Vean Vds., vous voyez eh! eh! eh! ma fortune cual será ah! ah! ah! pues ministre es algo que eh! eh! eh! mucho vale en realidad ah! ah! ah!

2.ª

Si bien soy citoyen nacido en el país, hace muy poco tiempo que vine de Paris. Pour ça es que la gente cuando me ve pasar me mira con respeto y se echa a murmurar

Vean Vds. voyez lá ah! ah! ah! le ministre Jean Joseph eh! eh! eh! Que gracieux... claro está ah! ah! ah! De Paris es le mosié eh! eh! eh!

3.ª

Dans France yo he aprendido la bonne education

(1) Por más esfuerzos que hemos hecho, el espacio no ha querido dar de sí para publicar adjunta la *partitura* que acompaña esta canción. Tendrán que esperarla hasta el próximo número; en él la publicaremos. Mientras tanto, contentense Vds. con saber que es así; *tra la ra la la ra ra, tra la ra ta ta ta...* ¿Eh? Ya saben ustedes.

gozando nuit á nuit
la vida de salón.
pour ça es que en todas partes
que je me j'ai noter
y aquí singulièrement
me tienen que admirer.

Que galante le mosié eh! eh! eh!
que j'oli le general ah! ah! ah!
Muy correcto, bien se vé eh! eh! eh!
que es personne principal ah! ah! ah!

4.ª

La preuve de mi ciencia
la tiene el presidente
á quien yo le he enseñado
á estar entre la gente;
Pour ça il me remercle
de todo corazón
y no ha de separarme
de su administration.

Mientras tanto gozaré eh! eh! eh!
con orgullo sans igual ah! ah! ah!
que me llamen le mosié eh! eh! eh!
le ministre général ah! ah! ah!

EL DE LAS GAFAS.

PARA ELLAS



RAYO DE LUZ

Las alsacianas hermosas, las lindas *Jockeys*, las esbeltas ramilleteras, los alados arpejos, las luces centelleantes, las frases dulces, las miradas largas, hondas como una caricia, todo, todo, lo material, lo incorpóreo, lo invisible, lo que susurra, lo que calla, lo que suspira, todo se fundía en una sola sensación de lo bello, en aquella noche de verano, desplegando en el salón del *Club Católico* un gran cuadro de apoteosis.

Y todo respiraba alegría y dicha.
Todo, menos las flores de una canastilla, que, tristes y místicas hablaban entre sí.



—Triste estás, rosa, dijo una margarita.
—Sí, dijo la rosa pálida. ¡Qué quieres! la que nos lleva nos humilla.
Y era verdad.
El talle esbelto, los negros ojos, la boca graciosa, la gran cabellera que la capota oprimía dejando escapar apenas un largo rizo que se había dormido acariciando el cuello,.... todo era tan bello!...
Las flores tenían razon.
La que las llevaba era María Cibils Laravide.

Ante todo, unas palabras á la otra *cosita* cuyo retrato publicamos hoy. ¡Que es linda? ¡Vaya! Pues y cuando en la sala de Solís se oía aquello de *hijas qué ganga teneis con el señor boticario*. ¡No «sus» falta ná!! dicho por una vocecita tan fresca, tan picaresca y tan intencionada?
Entonces era cosa de mirar allá en el escenario, una cosa muy chica, terciado con gracia el manton de Manila, llena de inocente picardía de linda carita, y decir: Pero qué monada es Martita Rivière!

...La iba á visitar ya; poco faltaba para el dichoso día; apenas uno.

Ella era hermosa, buena, espiritual; no tenía sueños, ni quiméricas fantasías que embellecen falsamente la vida con imágenes flotantes é ilusorias que jamás se tocan y que muchas veces dejan en los labios más acíbar que un desengaño prematuro.
Pero era orgullosa, eso sí, muy orgullosa, y con justicia, de su nombre, de su familia. Cuando por vez primera sus ojos vieron al que después habría de ser el dueño de su corazón, su juicio quedó en suspenso, su pensamiento mantúvose libre. ¡Habría de atender en seguida á aquella mirada ardiente y apasionada? Pero su debilidad cedió, y sus pupilas se encontraron. El único ideal, su único sueño (bien inocente por cierto) existía en *el* encarnado. Era como ella lo hubiera deseado; rubio el cabello y muy rizado, y el cutis blanco como la nieve. He dicho poco antes que era ella muy orgullosa. ¡Pues bien! A algunas vagas insinuaciones de sus amigos respecto al origen de su pretendiente, insinuaciones que se hicieron cada vez más directas, ella, á pesar de su orgullo, tomó aquellos dimes y diretes como resultado de algo muy parecido á la envidia. ¡Y eran tan verdaderos, sin embargo!... Pero ¡qué! La mujer, la más altiva, la más orgullosa,





MEFISTO,

GARGANTUÍA
JUAN



MEFISTO
Ya está firme. A ver
si Juan s'avicina.
Cammina, cammina,
superbo pensiero!

GARGANTUÍA
Vamos; ya aquí están.
Mas Julio me ató,
y ahora, quiera, ó no,
no me mueve Juan.

JUAN
...mas le corto,
y lo saco!
...pero naco!
...hoy, me porto!

MONSIEUR
Il est féroce, bien se vé.
Pero no importa! En avant!
Mais... ¿qué hará ahora Monsieur Jean?
Les brigands, ils l'ont PEGUÉ!!!

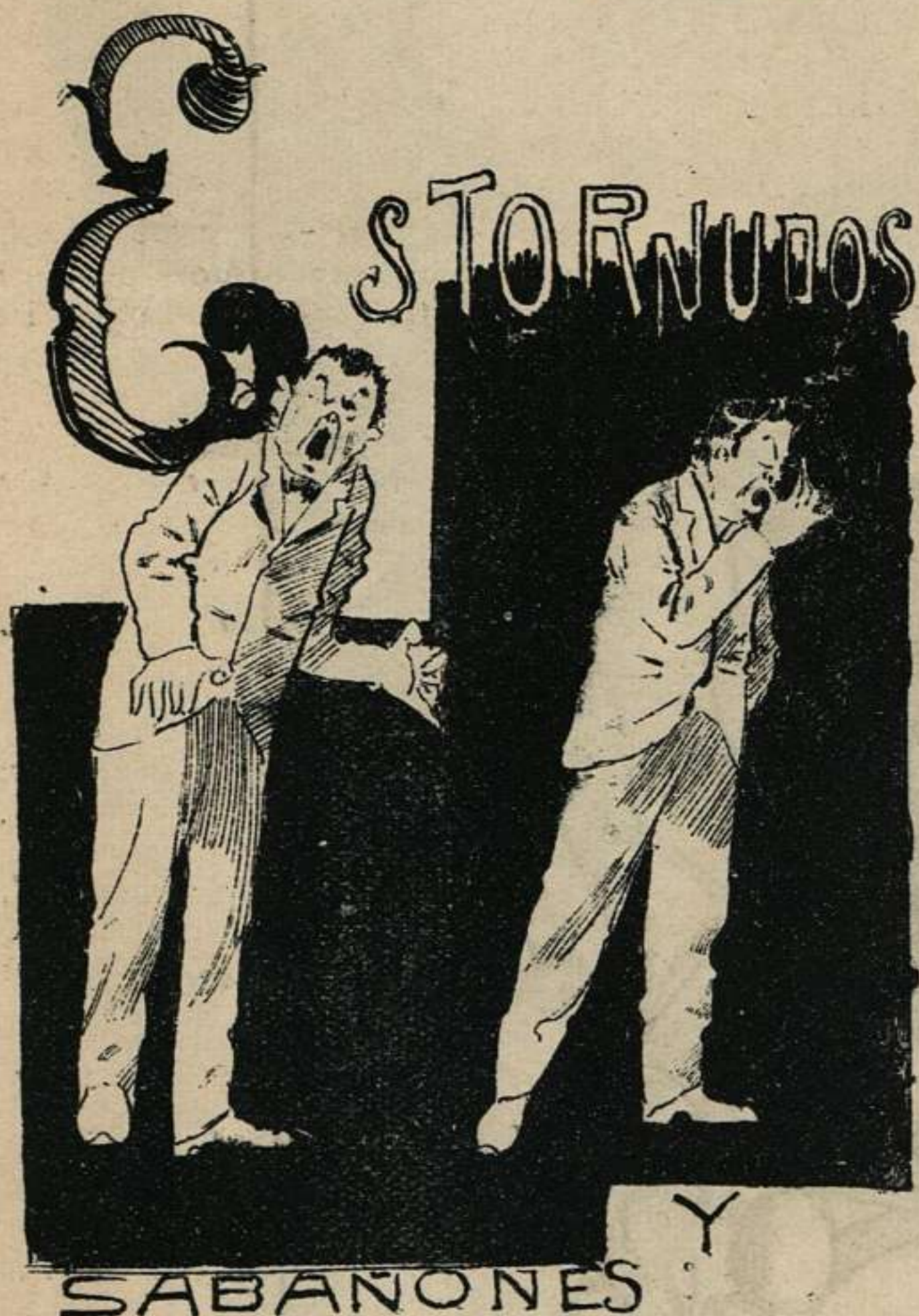
Wimpelaine

cuando de amor se trata... no se escucha: que se atrapa (Perdón por este verso horrible, pero el original es así.) ¿Qué dirían? ¿Que su novio trabajaba en cosas... en fin... no muy high-life? ¡Y bien! ¿Por qué no decían en qué? ¡Ah! Por que no lo sabían, por que hablaban de envidia, y nada más! ¡Que no trabajaba en cosas muy high-lifes! ¡Y qué! Bien mirado, ningún trabajo es high-life, ni siquiera el del abogado y el del médico. ¿Acaso es muy distinguido entender en asuntos en que haya trampas de por medio? ¿Es por ventura más fino y delicado curar una úlcera ó provocar una erupción? ¡Entonces!... Claro; hablaban de envidia, y asunto concluido.

No tan concluido aún, señorita, y sólo con esa frase. Lo que concluyó verdaderamente con usted, ó mejor dicho, con su entrañable amor, fué esta terrible verdad, descubierta por usted misma y por usted anatematizada: «¡El era peluquero!»

Amigas mías, no se rían: es cierto, ciertísimo, y si la discreción no me lo prohibiese, diría que ella tiene por nombre el de una flor (ya dije mucho) y el apellido... (No lo digo; adivínenlo ustedes.)

ALINA DORÉ.



Un aficionado á anagramizar los nombres de «nuestros grandes personajes políticos» (hasta ahora estaba en ayunas: no sabía que los hubiera) ha hecho con el de Maese Borda esta frase-anatema:

Jura entidad y roba!

Respecto á las primeras palabras que componen de Borda el anagrama, confieso ingenuamente que ignoro si ha hecho alarde de una entidad jurada. Pero de lo segundo; del verbo que, en su idioma conjugan los Kapiangas, estoy tan convencido; me consta que es tan cierto, por lo que aquí nos pasa, que entono un canto sacro de cuatro sostenidos y un himno de alabanzas en justo honor del que hizo con nuestro Presidente, simbólico anagrama. ¡Que digan si es mentira, la pesca de los lobos y la de las dos casas, amén de la zoncera que deja el Lazareto y... algunas otras gangas!

Acaba de darse á luz un nuevo organillo de la prensa.

Se titula *La Idea Universitaria* y, según reza su programa «baja á las ardientes arenas del periodismo» á pelear con nosotros por la buena causa.

¡Protestamos enérgica y rotundamente contra ese compañerismo comprometedor!

No queremos de ninguna manera pelear al lado de criminales artísticos!

¡Renunciamos á la ayuda de combatientes que, desde el primer número de un diario fundado por sus juveniles entusiasmos, nos hacen pestañear ante la imagen de un gaucho, bastante malisimamente dibujado que, para desgracia de la víctima inocentemente caída bajo el destructor poder esteticida del lapiz de Biggi, ostenta arriba del sombrero gacho que corona al cuerpo del delito, el distinguido nombre de un médico inteligente, y muy constante en sus legítimas aficiones por todo lo que tiene sabor á pericón y á mate amargo!

Biggi!... por ese lado va muy mal. Mude de idea... Se lo aconsejamos.

Es preciso que salga de su lapiz para que al verlo el público, se asombre, un argumento contra Mister Darwin: nada de monos: pinte bien al hombre!

Y no se crea que es Biggi el único que ha pecado en el debut de la *Idea Universitaria*!

Se presenta un poeta, también en las ardientes arenas del periodismo, y ensarta abajo del poncho del doctor inmolado, una cuarteta con ribetes de biografía que es toda una revelación.

¡Figúrense ustedes que, por el hecho de ser el doctor, el Presidente de la Criolla, le dice en el primer verso de la cuarteta:

Médico de fama y olla...

¡Olla, olla... Y después digan que no compromete la fuerza de consonante!

Porque si en lugar de «La Criolla» se llamara la sociedad «La Uruguaya», hubiera resultado un médico de fama y raya

y siempre la última palabra de ese verso hubiera variado con el nombre de aquel «Centro de estudios gauchescos primitivos».

Pues... Biggi y poeta de mi corazón, sustraiganse juntos á la ira de Dios, y estudien el modo de hacerlo mejor, en letra y dibujos al número dos.

No me había fijado en eso, y á fe que le doy á mi sirviente Paco, un ejemplar de los más brutos que nacen en Galicia, las prerogativas necesarias

para poder codearse con algunos diputados colectivistas (sin alusión personal).

Pues, es el caso que Paco me dijo ayer avergonzado y confuso, aunque con una labia que se la envidiaría el mismo Palomeque:

—Sabe usted, que aquí los puliticus son muy pillus.

Hombre! confieso que me dió ganas de ofrecerle por la noticia un poco de lo que fabrica Martorell; pero me contenté con afirmarlo en sus ideas, y le pregunté por qué decía eso.

—Pues es muy claro, me respondió ¿Nu vé usted que han hechu entrar en la Cámara á un señor Etchepareborda?

—Y con eso ¿qué me quieres decir?

—¿Le parece que nada?... Pues que lu han hechu para que cuando lleje la época de las votaduras de Presidente, firme ese señor su buletu y lu eche para Borda... Se señor.

Desde entonces no lo creo tan bruto.

◆◆◆

Dicen que en el *Aquarium* de Lóndres se ha celebrado hace poco tiempo una Exposición de Gatos, en la que lucían sus galas más de setecientos.

¡Lástima grande que no haya sido internacional!

¡Qué bolada hemos perdido!

¿Quién se atreve á negar que estamos muy por encima de las demás naciones del mundo, en eso de los gatos?

¿Quién iba á disputarles el premio á esos ejemplares felinos que están en constante exposición entre nosotros, y que componen una colectividad, bajo todo punto de vista digna de honores y alabanzas!

Répondez, monsieur du café froid!

FRAY CANDELA.



La ley del más fuerte

El macho delantero se paró en firme frente á la venta y los cinco que le seguían hicieron lo mismo, reculando el de varas sobre el pesado carromato.

Asomó por entre las lonas de éste su cabeza Pedrin, el carretero, dispuesto á articular su rriá! enérgico en desaprobación de la conducta de las bestias; pero diviso la venta, cambió de parecer, y apeándose del carro, encaminóse hacia ella gritando alegremente:

—¡Eh, ventera, un jarro de vino viejo para un trajinante que llega muerto de sed!

—No alborotes tanto, enemigo, le respondió el cura de Esclusas, que estaba en la portalada merendando un buen trozo de queso moreno sobre una buena rebanada de pan blanco; todos los carreteros sois lo mismo, amigos de alborotar para que os adviertan las mozas.

—Señor cura, le replicó Pedrin, para lo que uno vive, es preciso divertirse, y el hombre que alborota no hace daño más que á su gznate; y en cuanto á lo de las mozas, y vaya que no lo digo por usted, pero también hay quien canta misa y al volverse á decir *Dominus vobiscum* mira si están en la iglesia todas las del pueblo.

—No despotriques más, le respondió un tanto enojado el cura; que no hay como tener lengua de carretero para no dejar cosa santa en su sitio. Si quieres queso y pan puedo darte, y aquí viene ya la muchacha con el vino.

—¡Engracia! dijo Pedrin saludándola muy expresivamente, esto es, aplicándola con su dura manaza un fuerte pellizco en un brazo; ¡te habías olvidado ya de mí, paloma!

—¡Bruto! le respondió ella, amenazándole con el jarro; no sé quién te puso á ti Pedrin, siendo más torpe que tus bestias.

Y así era verdad, que lo de Pedrin no conformaba bien con aquel muchacho alto como un roble y fuerte como un castillo, en cuyo moreno rostro, hecho al al aire y al sol, la fuerza y la salud parecían cepa de los pocos años.

Pedrin sin incomodarse por el requiebro de la moza, exclamó:

—Sepa usted, señor cura, que esta moza está muerta por mí; pero como no hay mulas más falsas que las mujeres, ella procura uo decírmelo y en este pleito andamos.

—¡Ea! déjate de mitologías, articuló gravemente el cura, y vámonos junto á ese pozo de ahí afuera que está en sombra, yo con mi pan y mi queso y tu con tu jarro de vino, y merendemos como buenos cristianos y compañeros.

—Unos chorizos asados hemos de comer también, agregó Pedrin, que nos traerá la Engracia; y diciendo esto, ambos comensales salieron á sentarse cerca del pozo, llevando, por de contado sus provisiones.

A poco salió la Engracia con la fuente de chorizos, y empezó la merienda.

—Ya me han dicho... ya me han dicho, exclamó Pedrin con la bocaza llena, que toda la curretería viene á esta venta por verte, y que tú á todos les pones buena cara, y que teneis por las noches



adormilados los machos y dormido del todo Pedrín en el fondo del carro, una legua tras otra, mientras caía la tarde.

El lento paso de las bestias y el ronco arrastre del carronato resonaban en la carretera desierta.

De pronto el macho delantero tropezó é hizo un esfuerzo para seguir, saliendo del rail de la vía en que había tropezado al embocar, medio dormido, el paso á nivel que cortaba la carretera.

Los demás machos se despertaron al tirón del delantero y se afianzaron para cruzar la vía.

Súbito, un agudo silbido les hizo enarcar con terror las orejas, y un sonido como de desplome les sobrecojió privándoles de toda otra voluntad que para la huida.

Tiró fuertemente el delantero, salvando la vía y arrastrando en pos de sí á los dos machos que le seguían; los otros tres se ladearon al esfuerzo y, se apolotonaron con espanto, despues de meter sobre los rails parte del carronato.

Fue cosa de un momento: llegó la locomotora, chocó, deshizo, saltó, y siguió el tren adelante.

Y cuando todo pasó, se vió á una mujer, la guardesa del paso á nivel, contemplar aterrada la catástrofe producida por su abandono, y huir como una loca á campo traviesa.

A ambos lados de la vía quedaban tendidos los ensangrentados cuerpos de los machos, permaneciendo sólo en pié el delantero, el cual, los anchos tirantes de cuero rotos, erizada la crin y enarcadas las orejas, parecía la imájen del espanto.

El pesado carronato era montón informe de astillas, herraje y tiras de lona, distinguiéndose por entre su siniestro armazón el atlético cuerpo del pobre Pedrín, tan lleno poco antes de vida, ¡ay! ya ensangrentado y preso de la muerte.

Un brazo del infeliz pendiendo del exánime y destrozado tronco, descansaba en tierra; y mientras todo era silencio y quietud en aquella desolación, asomó un puntito negro en la manga de la camisa que cubría el inerte brazo; dos inquietas antenas investigaron un camino y la hormiga que se había amparado en el pliegue del lienzo avanzó jentilmente hacia la muerta mano recorrió su palma, siguió por el terrible dedazo y hallóse en tierra ¡con cuanta alegría! salva de todo accidente.

Los forzudos machos, el pesado carronato, el atlético Pedrín, todo yacía destrozado; solo la débil hormiga movía alegremente sus antenas, como diciendo ¡qué hermosa es la vida!

¡La brutal fuerza del tren, que arrolló todo el convoy, á ella únicamente no pudo matarla!

¡Sí, pobre Pedrín, ¡si Dios quiere!...

¡Algo se aprende siempre merendando con un cura!

JOSÉ DE ROURE.

Ilustraciones de Huertas, reproducción de Giménez

pandereta y jolgorio. Pues mira Eufracia, que como yo te coja en una, así esté la venta llena de carreteros, haré con ellos y contigo lo que hago ahora con estas hormigas.

E impregnando de saliva el dedazo pulgar de la mano derecha, lo descansó sobre un reguero de hormigas que trepaban trabajosamente por el brocal del pozo, y llevolo después á lo largo de toda la negruzca é inconsistente línea.

Fue aquello un verdadero desastre: cayeron innumerables hormigas abarquilladas al suelo; otras se aplastaron sobre la piedra, y ni Troya vió dentro de sus muros hecatombe parecida.

Únicamente una hormiga, atortolada y medrosa, libre al azar de la suerte, escurriose, sin dar paz á sus antenas, á lo largo del dedazo máquina de la matanza, llegó á la palma de la mano, trepó después por el dorso, y escondióse al fin, mal segura todavía del salvamento, en la manga de la basta camisa de lienzo que Pedrín vestía.

Allí se hizo un refugio en un pliegue, y se dispuso á reparar con el descanso sus ánimos y sus fuerzas. A todo esto, Pedrín, que contemplaba la espantada cohorte de sus víctimas, dijo:

—¿Sabe usted, señor cura, que Dios no debía de haber echado al mundo estos animalicos, que se matan á centenares solo con pasar un dedo, sino que toda debía ser jente fuerte como yo, ó bestias como mis machos, que no hay temporal que nos tumbe ni enfermedad, que nos mate?

Pero el cura después de limpiarse con un hermoso pañuelo de hierbas los labios, por haber bebido, y no á la escapada, del panzudo jarro, respondió gravemente.

—Todo lo que Dios ha hecho, Pedrín, tenlo siempre por bien hecho; y más te diré; que si nuestro Señor quiere, más costará matar una hormiga que aniquilar á un hombre.

La risa que soltó oyéndolo Pedrín no es para contarla, y hasta la Engracia se contagié, porque era muchacha alegre de suyo y dispuesta á acompañar en todo á los carreteros como Pedrín, jóvenes forzudos y buenos mozos.

—¿A un hombre como yo? preguntó por fin el atleta haciendo asomar, con una jactanciosa con-

tracción, por el lienzo de su camisa, los potentes relieves de sus músculos.

—¡A un hombre como tú! respondió brevemente el cura.

—¿Más fácil que á una hormiga?

—Más fácil que á una hormiga, si Dios quiere.

—Señor cura, ¿eso dicen los latines de la misa?

—Eso dice la sabiduría de los libros santos.

—¿Y tú lo crees también, Eufracia?

—¡Animall á ti no hay quien te mate!

—Ya lo oye usted, exclamó victorioso Pedrín: ¡á mí no hay quien me mate!

Y sus seis forzudas bestias, paradas en la carretera, cabeceaban como afirmándolo, haciendo sonar acompasadamente las esquilas de sus collarones.

Pero el inflexible cura añadió:

—¡Más fácil que á una hormiga si Dios quiere!

Exclamación no escuchada por Pedrín que ya puesto en pie decía:

—Ea, Engracia, un abrazo, que me voy, pues he de dormir esta noche en Vidueñas, y hay cuatro leguas largas de camino. Toma esa calderilla y acuérdate de lo que te he dicho. El sábado vuelvo por aquí, y á los que encuentre por aquí les hago lo que á las hormigas; si es que, añadió socarronamente, el señor cura me lo permite.

—Vete con Dios, y no confíes tanto en tu fuerza, que los árboles se caen y las montañas se descuajan, respondió el sacerdote, volviéndose á limpiar, no falto de motivo los sentenciosos labios con el consabido pañuelo de hierbas, mientras que Pedrín quieras que no quieras, y sin respeto á la calidad del testigo, daba ó tomaba de Engracia un abrazo salvaje seguido de respingos y amenazas de la moza.

Después subió al pesado carronato, lanzó un enérgico rriál! y los seis machos salieron carretera adelante arrastrando la formidable balumba del vehículo.

Y cuando se habian alejado algún trecho de la venta sacó Pedrín la cabeza y gritó con voz burlona:

—Señor cura, ¿mi carro mis machos y yo nos haremos polvo antes que una hormiga?

Carretera adelante, camino de Vidueñas fueron

NUESTRA GALERÍA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES

Si lectores! ya estamos cansados de broma, de caricaturas contemporáneas; vamos á dedicarnos á lo serio en la primera plana; nada de caricaturas allí; retratos puros!

Del de hoy no pueden quejarse; ni ustedes ni don Luis Eduardo.

Pues, y de los que vengan! Cuanto Montevideo tiene de... Allá lo verán ustedes.

¡OFO!

Advertimos á los señores suscriptores que hayan mandado encuadernar sus colecciones antes del 20 de Abril pppo., que si no pasan á recogerlas antes del 30 del corriente, esta Administración no atenderá reclamo de ninguna especie.

Montevideo, Mayo 12 de 1895.

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

— POR —
ARTURO A. GIMÉNEZ

IV

Pues bien; cuando *El engomao* estaba solo, desaparecía por completo aquella rigidez; se arqueaba su espalda formando la curva que parece inclinar violentamente la cabeza de los ancianos a la tierra, que pronto ha de poseerlos; perdía seguridad su paso, y seriedad su rostro al contraerse con el jesto del cansancio y el dolor contenidos; y el viejo cómico, tan ergido siempre, se doblaba como un árbol pronto a caer.

Pero, apenas el menor ruido le anunciaba la presencia de alguien, con un movimiento rápido volvía a enderezarse por completo, recto sobre su talle, la cabeza alta, seguro el paso, y a recobrar el rostro su aire noble y digno de viejo emperador.

Aquella presunción de cómico, objeto de risa para sus compañeros de arte, impresionó vivamente su cerebro juvenil. Le pareció digno de admiración aquel afán del viejo artista por ocultar a todos la debilidad física, por disimular el decaimiento del cuerpo deleznable valiéndose de la energía del carácter; aquel deseo de aparecer siempre igual a los demás, a pesar de todo, rechazando con orgullo la compasión de los que solo tenían el derecho de concederla por haber nacido algo más tarde; y su juicio sobre él encontró la fórmula apropiada en aquellas palabras tan conocidas, de quien tenía autoridad sobrada para pronunciarlas como juicio definitivo, y que acudieron a sus labios sin esfuerzo, haciéndole exclamar:

—Es todo un hombre.

Y en aquella hora de desaliento, de aplastamiento moral, cuando advirtió la llegada de Daniel, la imagen de *El engomao* apareció ante él, erguida, recta, llena de altivez, como despreciando aquel cuerpo joven y aquella alma sin desengaño que allí yacían sobre un sofá dominados por el amodorramiento vergonzoso provocado por la ausencia de una mujer; y ante aquella imagen, se irguió también abochornado al notarse así presa de la debilidad humillante de su espíritu, dominado por el desaliento.

Daniel venía aquella tarde arreglado con especial esmero, cosa que inmediatamente notó Mario, porque en aquel muchacho despreocupado era poco común tal corrección y aliño en el vestir. Hasta el rebelde mechón de pelo siempre obstinado en cubrir la frente, se mostraba levantado, encorvado por fuerza hacia atrás, dominado, domado por el peine y el cepillo que habían sustituido a la mano en el eterno empeño de desalojarle de sobre los ojos.

—¡Flauta! ¡Qué paquete! dijo Mario.

El otro se puso rojo como si le hubieran sorprendido cometiendo un pecado. Bastaba amenudo muy poca cosa para ruborizar a aquel muchacho cuya llaneza le impedía siempre contestar a tiempo y con propiedad una broma cuando ésta tenía por objeto su persona.

—¡Amigo! concluyó por decir, más serenado. ¡Siempre elegante y distinguido!

Y se sentó al borde de la cama de Mario, balanceando las piernas y tratando de acertar con la contra de su bastón a una colilla de cigarro que acababa de arrojar aquel.

Permanecieron un rato en silencio, preocupados los dos por oculto pensamiento.

Mario armaba un nuevo cigarrillo y Daniel siempre balanceando las piernas, y echado hacia atrás el sombrero, miraba a las paredes y al techo, arqueando las cejas con aire indiferente.

—¿Sabes que está aburrido esto? concluyó por decir.

¡Vaya si lo sabía Mario; él, que era víctima del fastidio hacía ya horas!

—¡Ya lo creo! contestó. Es cuestión de todos los domingos.

—¿I? ¿No ha venido hoy tu amiga?

—Eh... dijo Mario bostezando sin ganas. No ha venido, la gran canalla.

Contra lo que esperaba, Daniel no aprovechó la ocasión para darle bromas, sobre aquel fracaso de sus proyectos.

Volvieron a quedar en silencio, como aplastados por la calma silenciosa de aquella tarde de Domingo.

Por fin dijo:

—¡Pero qué callada está hoy esta casa! ¿No hay nadie?

—Está mamá; Orfilia fué con Cora y Dolores al Prado.

—¡Ah! se limitó a decir Daniel, algo nervioso.

Poco rato despues se levantó y desperezándose:

—Me marchó, muchacho, dijo.

—¿A dónde vas? preguntóle Mario

—¡Eh! por ahí; esta muy aburrido esto; ¿tú no sabes?

—No; me aburriría más por las calles.

—Pues hasta luego.

Mario no intentó detenerlo; le parecía más cómodo estar a solas, ya que aquella decepción le había dejado tan abatido y desganado.

Pero al ver al otro marcharse decidido y seguro, aún estando, como lo parecía, más fastidiado que él; al quedarse solo otra vez, oprimido por el estúpido silencio de aquella tarde eterna, interminable, que empezaba su agonía pálida, sin un rumor, sin un indicio de actividad, apenas estremecido su ambiente sereno por la vibración lenta de la campana de San Francisco tocando a la oración, le invadió una violenta ira. ¿Contra quién? Ni él mismo lo sabía, pero hubiera querido desahogarla en alguien; esta irritación se aumentaba con el conocimiento de su falta de causa razonable.

¡En fin! Había perdida lastimosamente el día. ¡I todo por esperar a Delia, que, evidentemente, quería hacerse desear!

Pero ¿quién le mandaba a él quedarse allí, solo para ver a una mujer que, tras de no ser bonita, le miraba con la más absoluta indiferencia?

¡Es claro! Él se tenía la culpa al ocuparse de cosas que no se avenían con su carácter.

—¡He perdido el domingo de la manera más estúpida! pensaba. Antes de meterme estas cosas en la cabeza lo pasaba yo tan bien!... ¡Son un reverendo tonto!

Estaba realmente irritado; tenía uno de esos temperamentos nerviosos, que se sublevan cuando algo se opone a la realización de sus esperanzas o proyectos; y allí, sólo, escitado por la decepción, se desahogaba despreciándose él mismo, más enojado aún al conocer que la ausencia de Delia conseguía desazonarle tan seriamente.

—¿Quieres un mate? le preguntó su madre, abriendo despacio la puerta.

Aceptó, deseoso de entretener en algo que al mismo tiempo le permitiera pensar, su actividad escitada, nerviosa, febril y lo cojió sin dejar de pasearse de un extremo a otro de la habitación sorbiendo el contenido con nervioso apresuramiento, sin separar de los labios la boquilla.

—¿Daniel, se fué? le preguntó Isabel con su aire dulce y distraído.

—Sí.

—¿I a dónde?

—No sé... no me dijo, respondió procurando atenuar el tono breve y duro con que hablara y que parecía siempre imponer la terminación del diálogo al iniciarse.

—Sin duda te vino a buscar para salir? siguió ella, sorbiendo lentamente, distraída, el contenido del mate que Mario le devolviera casi lleno, demasiado impaciente y nervioso para concluirlo.

—¡No, hombre, nó! acabó por decir, ya sin esforzarse por dominar su irritación. ¡Vino, y se fué porque se aburría, y nada más!

Ella mirándole sin enojarse, exclamó con acento reflexivo é inocente, sin quitar la boquilla de su boca.

—¡Pero vea cómo se pone este muchacho furioso porque no viene la muchacha esa!

Mario sintió calor en la cara al ver así descubierta la causa de aquella irritación, que su amor propio quería a toda costa ocultar, y volviéndose hacia ella le dijo:

—¿Pero de dónde sacas eso? ¿Qué me importa a

mí que venga, o no? Mira, anda, anda, tráeme otro mate, será mejor.

Isabel conoció que pretendía engañarla pero no insistió, y Mario tuvo que resignarse a beber los mates que siguió llevándole ella misma, empeñado en desmentir la observación de su madre, que mortificaba su orgullo, tan sensible a todo lo que pudiera rozarlo.

Luego, cuando Isabel se fué a leer el diario al comedor, notó Mario que a su irritación sucedía un fastidio invencible, pesado, abrumante, que se apoderaba de él dominándole por completo a pesar suyo; y a los reniegos sucedieron los bostezos, esos bostezos interminables del hastío.

Sentía grandes ganas de dormir, para no pensar en nada, ahuyentando con la impotencia de la voluntad todas aquellas preocupaciones tan molestas y mortificantes.

—Decididamente, decía bostezando, no hay día tan aburrido como el Domingo; siempre lo he dicho.



Nuestro colega *El Día*, ha hecho favorables referencias a nuestro número anterior, y *El Noticioso* transcribió en el sitio de honor el artículo «Párrafos de la historia non sancta» publicado en el mismo número.

A ambos mil gracias.

Que renuncia Abella
que por fin se vá...
Que la influencia aquella
de Julio ya está
bajando y se nota,
y que sí y que nó...
—No entiendo una jota.
—Pues tampoco yo.

Entre milicos, leyendo la *Vida montevidiana* de «El Herald»: «Se encuentra desde ayer entre nosotros el distinguido caballero...» «El distinguido señor *** se encuentra mejorado de sus dolencias y...» «Guarda cama, lijeramente indispuerto el distinguido profesor de...»

—¡Pucha! qué cantidad de cadetes desconocidos hay ahora.

—¿Cómo cadetes?

—Sí ¿no ves que todos esos son *distinguidos*?

¿Con que tu esposa querida
ha pasado a mejor vida?
—le dijeron a Guillén—
Y añadió el pillo en seguida
por lo bajo: Y yo también.

El sarjento, que ha *baqueteado* durante dos horas a sus reclutas, les oye quejarse de fatiga.

—¡Cómo, maulas! grita. Se quejan por que han caminado un par de leguas entre todos! ¿Qué diré entonces yo que las he andado solo?!

De un diario:

«El alejamiento y anulación de Julio Herrera se imponen...»

Hombre: pues hasta ahora, Julio Herrera es el que se impone.

EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, 184

A CALLEJERAS
ESTUDIO FOTOGRAFICO



Hace esta fotografía retratos tan excelentes que a ella acuden a porfía las más distinguidas gentes.

AL POLO
BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

ESTUDIO FOTOGRAFICO
DOLCE AÑOS

Calle Sarandi, 359

Retratos modernos de busto a la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie a retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista a vestirse de romana.

